

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 25 DE JULIO DE 1920

NUM. 19.180

FEMINISMO LA CARRERA DE LA MUJER

Lo dicen muchos: la carrera de la mujer es casarse. Espere con paciencia a que llegue quien ha de graduarla con el título de esposa. Si no alcanza tal suerte, resignese con la que Dios le dió. Viva con recato a la sombra de los padres, si los tiene; deje transcurrir su existencia sin amores, sin nada risueño que conforte su espíritu, acaso careciendo del sustento material. ¡Resignación! La carrera de la mujer es casarse. No aspire a más ni piense en otra cosa ni solicite mayores venturas.

En tanto, los hombres proceden a su antojo y emplean artes de seducción para entretener su libertad omnimoda. La carrera del hombre consiste en adquirir bienestar, y después de conquistado unirse a la mujer de sus amores, si los goza, o pedir en matrimonio a la mujer que le conviene, cosa frecuente. Los buscadores de dotes se multiplican; no es posible contar a quienes viven y medran por medio de la fortuna conyugal. Son tantos, que ya nadie se atreve a dudar de su delicadeza.

Por supuesto que, una vez verificado el matrimonio, son para la mujer todas las reglas inflexibles, y para el hombre todas las licencias. La esposa ha de permanecer unida inflexiblemente a los deberes domésticos. El esposo tal vez aporte a su hogar las sobras de lo no consumido en las animaciones del mundo; pero no se queje por ello la cónyuge, que al fin logró brillante carrera al casarse. No tiene más que ver a las infinitas que no consiguen matrimonio; cada una de ellas es un verdadero drama. La que sueña con el príncipe rubio que ha de hacerla venturosa en países ideales; la que aguarda un hombre excepcional que mande y brille; la que desea un compañero que la haga feliz; la que pide uno cualquiera que la redima de la miseria inevitable, el día en que se quede sola. Todas esperan al marido con ansia, con afán, con zozobras e inquietudes, a veces mal disimuladas, lo cual invita a burlas y donaires. Pero es preciso aguardar a que lleguen el príncipe o el insignificante; el apocático o el que depare la casualidad; la cuestión es casarse, porque a la mujer no se la preparó para ganar su vida; no se otorga a su persona independencia económica; se impide siempre su emancipación. Nada de profesiones ni de empleos; la carrera de la mujer es casarse, repite con cruel necesidad la rutina.

Si la mujer es rica, tiene hecha su carrera, y por supuesto la del probable viudor que a costa de la dote piensa en la holganza dorada; pero si es pobre, corre el riesgo de que su destino se reduzca a vestir imágenes. No se esfuerce en captar al joven de su gusto, ¡sería horrendo! La voluntad femenina viaja de incógnito por la tierra. El hombre puede mirar a todas las mujeres cuando le plazca y sin poner disimulo en los propósitos; a la mujer le está vedado exteriorizar sus inclinaciones amorosas. Así

lo hemos dispuesto los hombres en defensa de una moral firmísima, que tolera los mayores desafueros masculinos y somete a las mujeres a rigidez implacable.

Lo peor del caso está en que los matrimonios disminuyen notoriamente. Las mujeres aguardan resignadas en sus hogares a que lleguen a buscarlas, y los hombres, entretanto, calculan, y antes

haber recorrido todos los parajes del placer accesibles a sus recursos y después de haber logrado posición social. Muchas veces el hombre, más que su «media naranja», busca una buena administradora de casa, lo que se dice un ama de gobierno santificada por la Iglesia y además gratuita, agradable y provechosa.

En la clase proletaria, el hombre halla en seguida compañera; en la clase

sueldos más o menos crecidos, que desaparecen cuando sucumbe el padre que los proporciona. Como las hijas han de vivir decentemente, vistiéndose con cierta elegancia, y no trabajan, no ejercen profesiones, no desempeñan destinos, no ganan sueldo—¡oh, eso en España todavía alarma y choca!—, hallanse siempre en espera del matrimonio, y así, las muchachas infelices que en él ponen sus esperanzas, las únicas que les consiente la sociedad, consumen la existencia trémulas, intranquilas, con la vista fija en el horizonte por donde aparecerá el galán redentor, el que evite futuros duelos y miserias.

Bien lo saben los hombres que coquetean en espectáculos, reuniones y tertulias mirando a todas, charlando con muchas, pero sin formalizarse con ninguna. El novio crónico es tipo español característico: el que deja pasar años enteros invertidos en pláticas dulces, a veces comprometedoras, sin que llegue nunca la ocasión de cumplir sus palabras solemnes, y el que a lo peor rompe con la amada abandonada, porque así plugo a su egoísmo.

De estas perfidias, de estos verdaderos delitos morales, infamias menudas, hay millares de casos; pero como «no brota sangre de las heridas», según dijo el poeta, como «los muertos están en pie», las gentes al comentar lo sucedido—el abandono de una novia, una vulgaridad—rien como de lances graciosos; los autores de los desmanes no sufren el menor detrimento en su fama, las víctimas siguen su camino resignadas y algunas se dejan arrastrar por las corrientes del pecado, sin que nadie generosamente las absuelva.

No es trivial ni mucho menos este aspecto de nuestra sociedad, y por de pronto importa conocer el hecho de que en España disminuye de modo alarmante el número de matrimonios.

El coeficiente de nupcialidad, que al principio del siglo era de 3,7 por 1.000, ha descendido a 6,8. Si la carrera de la mujer es casarse, cada vez son más reducidos los términos de la carrera. El miedo masculino a la formación de familias toma proporciones graves. Nos lo dicen los números de una manera concluyente.

No hace mucho que un profesor agregado de Filosofía, el escritor francés Gaston Rageot, publicó un libro que se titula *Natalidad: Sus leyes económicas y psicológicas*. En ese libro se advierte, con datos precisos, cómo a medida que aumenta el número de acaudalados disminuye la natalidad, decrecen los matrimonios y—dice—, en cambio, entre los pobres no hay el egoísta temor de fundar familias. «No es la riqueza la que mata—añade—, sino la improductibilidad; no es la pobreza la que fecundiza, sino el trabajo. Cuando la riqueza suprime la actividad crea necesidades artificiales, rompe la armonía humana, debilita la raza; cuando, con un fin elevado, provoca el impulso salvador e in-

UNA MADRILEÑA, CUADRO DE PABLO ANTONIO BÉJAR



de pensar en el himeneo, consultan el caso con su bolsillo. Parece que ha de tratarse de un problema de corazón; pero el egoísmo masculino, prescindiendo de lo sentimental, se atiene al criterio crematístico. Y luego, ¿cómo se abandona de buen grado la dulce libertad de que goza el varón? Elige, disfruta, manda, porque ya se sabe que es superior; a veces el superior es de notoria inferioridad, estulto; pero por motivos de sexo se impone a delicada criatura que, con el entendimiento vivo y cultivado, ha de reducirse a la tutela prescrita en leyes y costumbres.

Las clases populares resuelven pronto el problema y mejor que la clase media; pero en ésta no hay muchacho que piense en constituir familia sino después de

aristocrática, los enlaces se organizan también con cierta facilidad, porque a ellos inducen tradiciones de familia y mutuas conveniencias. Aparte de que las casas históricas procuran mantener intactos los abolengos y nunca faltan ni blasones que nequiten oro para restaurarse ni riquezas a las cuales plazca el esplendor de títulos llamativos.

El dolor se siente en las clases intermedias y le padecen las jóvenes de familias acomodadas, en las cuales rentas medianas no dan para que las hijas puedan constituir, con recursos propios, hogares pudientes; por lo cual necesitan esposos con fortuna o profesionales que logren abundantes ingresos. Otra parte, la mayor en estos elementos sociales intermedios, la forman quienes viven al día, con

funde energía, a la vez que eleva al individuo fomenta el amor a la familia y acrecienta la natalidad.»

Proudhon aseguraba que en la mujer todo es amor, y por lo mismo, sólo para el amor sirve; cómo, pues, dedicarla a los graves empleos de la ingeniería, de las armas, de los negocios, de la legislación, de la ciencia, de la justicia y del arte? Bien es verdad que el propio Proudhon afirmó de la mujer que es un animal no domesticado, en el cual se advierten a veces retornos a sus naturales instintos. Como el famoso economista y filósofo, todos los que niegan a la mujer aptitudes para el trabajo y la relegan cariñosamente a los oficios del hogar; lo hacen considerando deficiente e inferior al sexo femenino, que según la frase de Thomas lleva recorridas cinco etapas sin llegar a su emancipación. Primera etapa, la de bestia de carga; segunda, la de animal doméstico; tercera, la de esclava; cuarta, la de sierva, y quinta, la de minoridad.

Ya no puede ser la hembra, como en días de barbarie, criatura sometida a tratos brutales masculinos. Ya no cabe en los pueblos cultos la esclava ni en la época presente existe la sierva; pero en muchos países permanece la menor, la que no dispone de su persona, no goza de plenos derechos y necesita protección del hombre. Franquear la senda del trabajo a la mujer equivale a darle independencia, y por lo mismo se habla de que sólo el hombre debe ser quien gane la vida, entregando a su compañera los cuidados del hogar, que al cabo y al fin la familia es una reducción de la sociedad, y ésta tuvo por organizaciones primitivas las que descansaban en los poderes únicos y en castas dominadoras y dominadas. La acción del tiempo diluye las autoridades supremas, para distribuir la dirección entre todos los elementos sociales, abolidas las imposiciones de unas clases sobre otras. De la propia suerte, en la familia el principio dominador de un individuo sobre otro por razón de sexo se borra lentamente y busca el desenlace justo de que no haya jerarquías, sino coordinación entre dos seres, no sumisión del considerado como inferior al erigido en superior, sino concordancia de ambos para el fin venturoso que los dos apetecen.

La esfera propia de la mujer ¿quién la define? La tiranía del hombre, no; la marcarán únicamente las aptitudes femeninas, y sólo están ellas manifestadas en diversas profesiones y en distintos empleos. Puede pedirse que por motivos de carácter económico, por fines que tiendan a la armonía social, se estudie el modo de impedir el desequilibrio que ocasione la entrada de la mujer en la vida del trabajo. Pero ¿cerrar el camino a la independencia personal, negar el derecho que la mujer tiene a ganarse la vida? Eso no es justo ni además posible, porque el ímpetu de los acontecimientos destruirá los prejuicios y egoístas resistencias que tratan de mantener el dominio masculino.

Todo, por supuesto, sin que la mujer pierda el influjo que le corresponde en la vida familiar, donde también cabe la concordancia predicada para la vida del trabajo.

No es posible que todas las mujeres se consagren únicamente al hogar; entre otros motivos, porque muchas no llegan a formarle. Todas tampoco han de entregarse a las actividades profesionales. Menos cabe aun pedir que, sin desatender obligaciones de familia, busquen las que constituyen el elemento femenino satisfacción y provecho en el uso de las facultades que a Dios le plugo concederles. Es preciso suprimir exclusivismos en asunto tan complejo y trascendental; hay que reconocer el derecho indiscuti-

ble que muchas mujeres tienen para dar adecuada ocupación a su talento, a las condiciones que les son propias, al noble afán con que ansian contribuir al engrandecimiento y prosperidad del mundo.

En España se casa pronto y con facilidad la mujer nacida entre privaciones. El trabajador que ha de ser su compañero no vacila en constituir un hogar, porque no siente en su alma los asaltos de la ambición y conoce que el trabajo que abrió sus ojos los cerrará en la hora de la muerte. Las de difícil acomodo son las mujeres que ocupan puesto intermedio en la sociedad, sin las opulencias de arriba y sin las penurias permanentes de abajo; destinadas a sufrir el desvío, cada vez mayor, de los hombres con carrera, de los capitalistas modestos, de

los comerciantes incipientes, de cuantos miran a lo futuro poniendo en su horizonte grandes esperanzas de mayor fortuna.

Para ellas, para las infelices de quienes se asegura que tienen como carrera la de casarse, hay que pedir mayor amplitud social, para que su destino no esté vinculado a la llegada del marido, que muchas veces se acepta con apresuramiento como aprovechando la ocasión, sino que se funde en el uso de las propias facultades, ya que la vida, cada vez más compleja e intensificada, necesita para sustentarse del concurso de todos los seres humanos, sin distinción ni de sexos ni de categorías.

José FRANCOS RODRIGUEZ

El poeta en el Extranjero

Hermana: Tras el tiempo del olvido que en nuestro alejamiento puso mano, mi corazón vuela hacia ti, dolido en esta prima noche de verano.

Mi corazón que, de ternura lleno, busca el cobijo de tu hogar dichoso, y que añora, romántico, el sereno sueño infantil del familiar reposo...

Veo la casa nuestra, tan lejana, medio borrada en la penumbra quieta, y, en el cuadro de luz de la ventana, recortada y en sombra, tu silueta.

Tus ojos buscan los senderos vanos que pinta el claro mar, bajo la luna, por donde nos partimos los hermanos cuando salimos a correr fortuna...

Y envuelta en la sutil hora de encanto que la emoción de los silencios crea, tal vez por ellos rogarás en tanto la noche puebla de ánimas la aldea.

Tristes en su orfandad, meditabundas, vagan por los caminos descubiertos; hazlas entrar, que son las vagabundas almas de tus ausentes y tus muertos...

Estamos todos... De diversos puntos vinimos al calor de tus consuelos;

y, como antaño, nos hallamos juntos rodeando a tus rubios pequeñuelos...

Y mi alma se siente bienhallada en ese tibio ambiente de delicias; y en el corro infantil, acurrucada, te reclama su parte de caricias.

Te reclama su parte... Está a tu lado el más pequeño y de menor fortuna; hazle dormir al eco regalado del lugareño cántico de cuna:

*Arroró, niño chiquito,
duérmete que viene el coco;
a llevarse a la montaña
los niños que duermen poco...*

¡Hermana! ¡Hermana! Tu tranquila gloria fué para mi dolor piedad divina; y el bálsamo cordial de tu memoria, para todas mis llagas, medicina.

Que tú y los tuyos son puerto seguro; y en este andar con extranjera gente, vuestro recuerdo peculiar, tan puro, brota en mi alma con rumor de fuente...

Y, término de todos los caminos, veo al final, como una luz de oro, perdida entre las copas de los pinos, ¡el ventanal de nuestra casa... y coro!

Tomás MORALES

El domingo de la vieja

AQUEL domingo, como siempre, la vieja habíase quedado sola en la casa. Las dos hijas jóvenes, después de ataviarse ante el espejo con aquellas galas que no tenían otro valor que el de su limpieza—trajecitos de batista que la madre lavaba con su sudor en el río, ropa blanca que podía emular la alburra de los témpanos que en invierno salpicaban el verdor de la ribera—, habíase salido a pasear con otras amigas, a bailar en los merenderos, donde ya florecían almendros precoces, a disfrutar de aquel sol, todavía tierno y grato. Besaron a la madre en las mejillas arrugadas y se fueron. Y la vieja quedó sola en la casa, en aquella salita, cuyo suelo ornaba el sol de rosas blancas, que iban a caer a los pies mismos de la pobre viuda, como si quisieran halagar su cansancio. Era domingo y primavera. Alrededor de la casa, situada a orillas del río, cantaban todos los organillos de los merenderos; por la ventana abierta entraba un fresco de olor a verde, a hierba naciente, sin flores todavía, sin otro aroma que aquella frescura comparable con la de la madrugada; y el río se dejaba ver, allí cerca, apedreado por los niños, que ya empezaban a sentir el antojo de bañarse en él, y lo rodeaban con

cierto temor, como a un potro bravío.

La vieja, sentada en el centro de la sala, con aquellas rosas de sol a sus pies, permanecía en la misma actitud en que las hijas la dejaron al irse. Abandonábase a la dulzura de la hora, indecisa, perpleja, sin saber qué hacer de aquel domingo. Era ya vieja, viuda; apenas si tenía otras amigas que sus compañeras de lavadero; las piernas se le habían puesto tan pesadas que se cansaba en cuanto andaba algún trecho, y por eso las hijas no querían llevarla con ellas los domingos, porque no las dejaba correr y también por no ver su cara compungida, cuando se sentaba en los bancos de los merenderos, mientras ellas bailaban. Y la vieja, sola en la casa, se decía: ¿Qué hacer de aquel largo domingo? Acostumbrada toda su vida al trabajo, la ociosidad era para ella una cosa ignorada que la asustaba; una causa de hastío y de remordimiento; algo semejante a esa larga explanada que empezaba más allá del último puente visible, y en la que sus sueños más atrevidos se perdían, como niños que se han soltado de la mano materna. Demasiado vieja ya para aspirar a ninguna alegría—para bailar, para caminar largo rato por la hierba verde—, el trabajo era su úni-

co júbilo, su distracción, lo único que le evitaba el pensar en aquellos arcanos de la vejez que llenaban de llanto sus ojos. Ahora mismo, aquel instante de inacción habíale traído el recuerdo de su difunto, de su juventud tan lejana, del hijito primero que se le murió antes de posar la planta en el suelo y del que ella conservaba un recuerdo maravilloso, como el de haber sido madre de un ángel...

¡Ea! Ya tenía lágrimas en los ojos y se le iba la cabeza de tanto recordar, como si la trastornase aquel sol juvenil. Dió un suspiro la vieja y levantóse. No, no podría quedarse sola en la casa hasta que volviesen las hijas, sola y ociosa hasta la noche, en la casa llena de sol. E instintivamente buscó con los ojos algo que hacer, alguna distracción para sus manos y su espíritu. Allí, al pie de la cama, cuyos pilares de metal relucían, estaban las prendas que las hijas se quitaron del cuerpo como los últimos témpanos del invierno que se iba. En su premura las dejaron allí las jóvenes, esperando que la madre las recogería para llevarlas al día siguiente al río. La vieja, muy alegre, inclinóse y recogió del suelo aquella ropa juvenil, que exhalaba, como el naciente verdor de la ribera, una fragancia fresca e inefable, una fragancia fresca y sin nombre, gratamente insípida, como la de la aurora. Una por una fué recogiendo aquellas prendas ligeras, doblándolas y uniéndolas como en una gavilla. Y la vieja sonrió complacida.

Aquel día los lavaderos estarían desiertos. El agua del río correría baldía, sin que nadie la aprovechase. Y ella estaría sola en la gran ribera, sería suyo todo aquel río, podría lavar en él a sus anchas, sin prisa, puesto que era domingo, y jugaría a su gusto con el agua fresca, macerándose gratamente los brazos hasta el codo... Y el domingo se le iría ligero, al compás de aquel agua corriente; las horas del domingo se anegaban en ella como rosas; en el agua vería, como en un cinema para los pobres, las nubes y los árboles y los grupos familiares del domingo... Y cuando volviese a casa en el crepúsculo volvería llevando sobre su cabeza una carga liviana y dulce de ropa limpia...

La vieja sonreía dichosa. Hizo un envoltorio con todas aquellas prendas, necesitadas de purificación; púsoles en la cabeza, como una mitra lamentable, y salió así, estremecida bajo aquella cimetera, hasta la orilla del río. Extendíase ante ella la ribera verde, larga, inmensa, silenciosa, más allá de los merenderos y del segundo puente. Unas vacas pastaban la hierba nueva; unos novios merendaban a la sombra de unos chopos. Ella volviólse la espalda, recogió un poco su falda pobre y arrodillóse ante el río, que fluía lento, sosegado, como el raudal de un pecho. Corría baldío, no esquilado por nadie, como los demás días de la semana; libre como en el principio del mundo; sólo para ella, como el río de un paraíso en los sueños. La vieja hundió en él sus manos, que sostenían la primera prenda, y parecía en aquella actitud una madre que se dispone a fajar a un niño. Su corazón palpitaba de ingenua avaricia ante la linfa lenta, amplia y pródiga, sólo para ella aquel día. Antojábasele el río propiedad suya, un gran estanque, una gran artesa suya. Trabajaría sin que nadie le enturbiase el agua. Inclinóse y el agua reflejó su rostro como un espejo pueril. En aquel ribazo estaba ella sola; era la reina del domingo, y el ruido que hacían sus manos al resregar la ropa llenaba el silencio de la tarde y parecía extenderse hasta lo lejos, hasta los confines del mundo, como una música más fuerte, más festiva y grata que la de los organillos triviales...

R. CANSINOS-ASSENS

ANTIGUALLAS MADRILEÑAS

PROCLAMACIÓN DEL REY DE COPAS

En tal día como hoy, hace ciento doce años, fué proclamado en Madrid Rey de España José Napoleón. ¿Quién no conoce la leyenda del monarca-relámpago, a quien quizás cuadró mejor el título de buen burgués que el de tirano odioso y a quien colgaba el pueblo cuantos vicios pueden imaginarse y especialmente el de empinar el codo, aunque jamás catase el vino, ni comiendo? Lo que seguramente no será tan conocido es el ceremonial de su proclamación.

El día 9 de julio del épico año de 1808 salió Pepe Botellas de Bayona, y el 20 entró en la corte y se encastilló entre los muros de su Alcázar; que eran, sin duda, graves y hondos la preocupación y cuidado que el porvenir de la nación... y la conservación de la pelleja le causaban, y en los achicharrados días de aquel ardiente julio no estaba para bollos ni para callejeos el horno de Madrid.

El lunes 25, fiesta del bendito patrón de las Españas, fué la proclamación.

A las cuatro y media de la tarde llegó a las Casas Consistoriales el señor corregidor acompañado del alguacil mayor y otros veinticuatro alguaciles de a caballo y seis porteros de vara a pie.

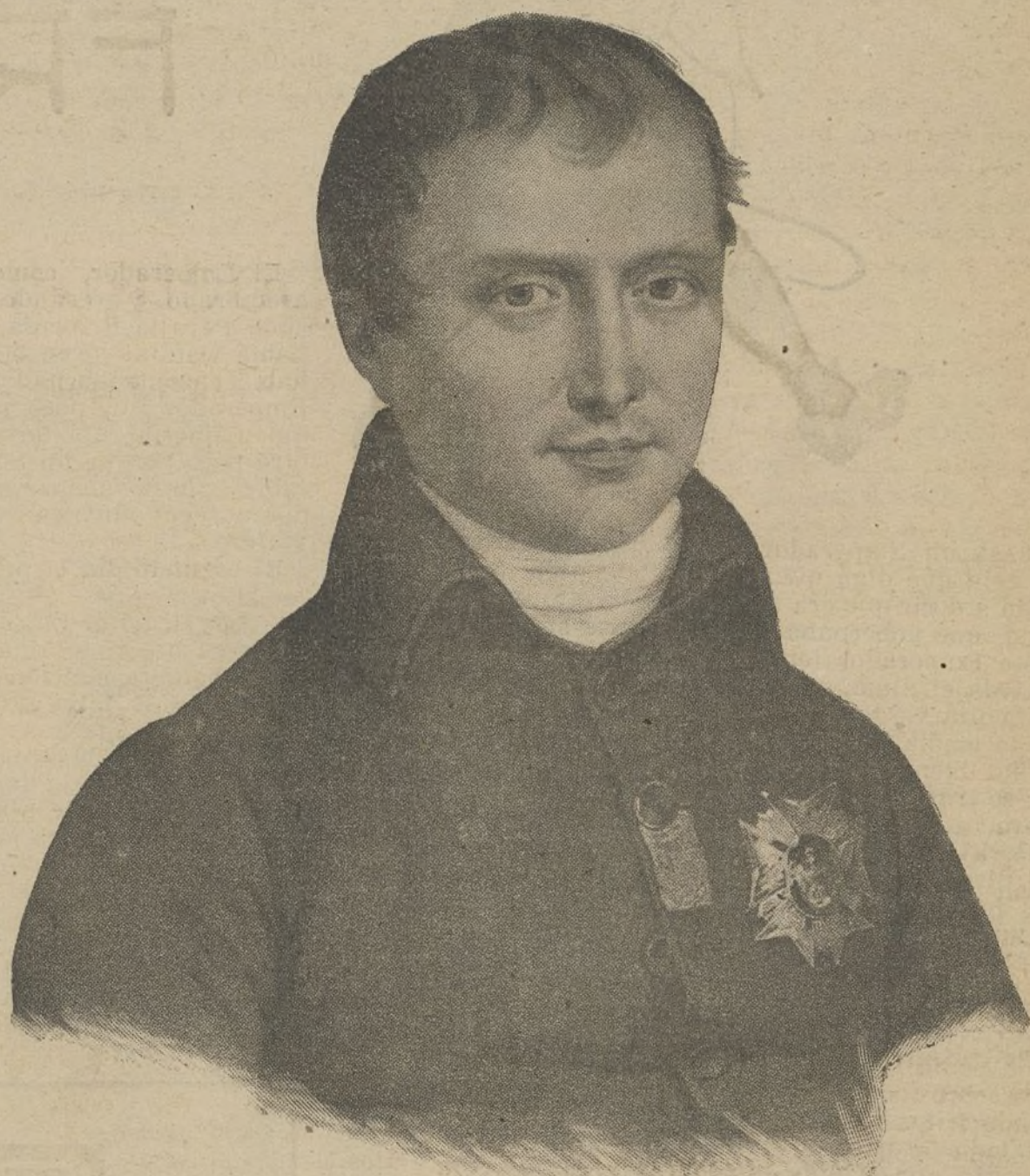
Allí esperaban ya todos los caballeros regidores propietarios, honorarios y abogados consistoriales para recibir al regidor perpetuo, conde de Campo Alange,

Llegó, pues, nuestro conde con el duque de Frias, el capitán general de la provincia y muchos generales y oficiales de las tropas francesas, seguidos de una carroza de la Real Casa, tirada por seis potros ricamente aparejados, otros coches de respeto y varios caballos de mano enjaezados con gran lujo. Bajaron cuatro caballeros regidores a recibir al conde y quedó el séquito en la plazuela de la Villa mientras el alférez mayor sustituto tomaba el pendón real de manos del señor corregidor en la sala capitular.

Efectuada la entrega, salieron todos del Ayuntamiento, y se ordenó la comitiva de este modo: abría la marcha una partida de caballería francesa; seguían los timbales y clarines de las Reales Caballerizas, a caballo, con armas reales y uniforme de ellas; luego, una escuadra de alabarderos; después veinticuatro alguaciles del Juzgado de Madrid, a caballo, en traje de golilla, con varas levantadas, y a la cabeza de ellos, el alguacil mayor, también con vara alta; iban detrás los personajes convidados por el conde de Campo Alange, con caballos ricamente adornados, y en pos de ellos los maderos de Madrid con todos los individuos del Cuerpo; cuatro reyes de armas con sus uniformes de la Real Casa, con cotas, y en ellas, bordadas de oro

de Palacio se dirigió la comitiva al tablado que se había alzado allí al efecto. Subieron a él los dos señores secretarios del Concejo, el caballero capitular que hacía las veces de decano, el corregidor y el alférez mayor, que ocupa-

antes de ella se publicó un edicto, mandando colgar las calles del tránsito; que no se arrojara cosa alguna por las ventanas y balcones y se quitasen las celosías, tablas, tiestos y demás muebles que pudiesen servir de embarazo o caer so-



JOSÉ BONAPARTE

ron el centro, y los cuatro reyes de armas, que se pusieron cada uno en un ángulo.

El rey de armas más antiguo gritó:

—¡Silencio, silencio, silencio! ¡Oid, oid, oid!

En seguida exclamó el conde de Campo Alange:

—¡Castilla, Castilla, Castilla por el Rey nuestro señor, que Dios guarde, don Josef Napoleón II!

Acabado este acto—cuenta una Gaceta de entonces—por los cuatro reyes de armas se esparció gran cantidad de moneda al pueblo que presenciaba dicha proclamación. Igual ceremonia se practicó en los tres tablados que al intento se hallaban establecidos en la plaza Mayor, plazuela de las Descalzas Reales y la de la Villa. Concluida esta función, que fué muy solemne y lucida, así por el adorno de su carrera, ercida concurrencia, músicas dispuestas en dichos tablados y otros puntos, y bebidas que por generosidad de dicho señor conde de Campo Alange se dieron al público, convidó a Madrid (quiere decirse, a su Concejo) a que le acompañase a su casa, en donde había un magnífico banquete, distribuido en cinco mesas de la mayor abundancia, magnificencia y delicado gusto.

A los dos días hizo Pepe Botellas grande de España a Campo Alange.

Como prueba de lo bien dispuesto que el vecindario de Madrid estaba a disfrutar de la proclamación, baste decir que

bre la gente, y que no se llevasen palos ni bastones, porque, además de no ser necesarios, sólo podrían servir de estorbo e incomodidad.

El 25 de julio hubo salvas de Artillería por la mañana, medio día y anochece; vistió la Corte de gala y se verificó una iluminación general; hicieronse cuantiosas limosnas «a expensas de la liberalidad de S. M.», y en los teatros de los Caños del Peral, la Cruz y el Príncipe se ejecutaron funciones gratuitas con llenos rebosantes... de soldados franceses. El miércoles 27 y el sábado 30 se celebraron corridas de toros en que costaban a mitad de precio los tendidos y las gradas cubiertas, pues el Rey pagó el resto, quedándose aquí a medias en la munificencia, tal vez porque estas fiestas salían algo más caras que las óperas, buffas, comedias, boleros, fandangos, tonadillas y sainetes que daban los corrales.

Así fué proclamado el buen burgués que ostentó un día los títulos de «Rei de las Españas y de las Indias» y a quien el pueblo sólo dió los de *rey tuerto*, *rey de copas*, *rey intruso*, *rey gabacho* y otros igualmente burlescos y zumbones, sin contar el apodo de *Pepe Botellas*, con que le designará siempre la leyenda, aun demostrada la inexactitud de aquellas régias curdas que se le atribuyeron, no solamente en dichos y cantares, sino también en graciosos papeles y en regocijadas estampas de la época.

Joaquín LOPEZ BARBADILLO

Estampas de la Colección del autor.



CARICATURA DE LA ÉPOCA

a quien el Rey de Copas había nombrado ejecutor de la proclamación por encontrarse enfermo el buen marqués de Astorga, al cual tocaba de derecho hacerla, como alférez mayor.

y plata, las armas de Castilla y León; y, por último, el señor corregidor, llevando a su derecha al conde de Campo Alange «con el pendón real en la mano».

Por la calle de la Almudena y Arco



LA LEY DEL PESCADO FRITO



ERASE un Emperador—ya sé que la tradición aconseja que diga que era un Rey; pero la verdad me obliga a decir que era un Emperador—muy sabio y muy bueno, que gobernaba perfectamente su imperio.

Este Emperador tenía una perrita, a la que amaba con toda el alma, y que era muy golosa y muy trágica. Sentía verdadera predilección por el pescado frito, y cada media hora se le servía un lenguado o una pescadilla, bien doraditos, que Perlita—tal era su nombre—se tragaba de un solo bocado.

Pero un día una espina se atravesó en la garganta de Perlita, y la pobre quedó muerta en el acto.

El disgusto del Emperador no es para contado; después de hacer a Perlita magníficos funerales y de mandar que su muerte fuese considerada como un luto nacional, se encerró en sus habitaciones y permaneció tres días y tres noches sin tomar alimento ni dormir, no pensando más que en vengarse.

¿Pero vengarse de quién? ¿Del lenguado perricida? Ya no podía ser. Entonces el Emperador resolvió vengarse sobre todo el que tuviese la osadía de gustar del pescado frito. Y dictó la siguiente ley:

«A todo forastero que venga a visitar mi palacio se le servirá una comida espléndida y, entre otros platos, un pez frito. Si al llegar a la espina el convidado da la vuelta al pez para comerse también el otro lado, será apresado en el acto, encerrado en un torreón y ahorcado a los tres días.»

Pero, como ligera atenuación de la crueldad, añadió a la ley una cláusula que autorizaba al condenado a formular cada día una petición que había de ser atendida, con tal, claro está, de que no deseara la vida.

Novecientos noventa y nueve forasteros habían sido ya invitados al peligroso festín; todos habían tenido la osadía de dar la vuelta al pez, y habían sido ya ahorcados.

Alguno hubo que pidió se le llevase una tonelada de pescado frito para poder comerlo, al fin, con toda libertad, hasta las espinas inclusive.

Otros solicitaron un pedazo de soga de la horca para que les trajese suerte.

Los que fueron condenados en invierno pidieron abrigos de pieles para no exponerse a un constipado en el trayecto desde la cárcel al patíbulo.

¡Qué sé yo!

Un día llegó al palacio un hidalgo extranjero con su hijo.

Al detenerse la carroza en que iban, tres docenas de criados se precipitaron para abrir la portezuela y hacer visitar el palacio a los forasteros. Al llegar al comedor les hicieron sentarse ante la mesa y les sirvieron una comida opípara, tal como correspondía al elevado rango de los nobles convidados.

El anciano y su hijo comieron con buen apetito los entremeses, la langosta en salsa mayonesa, el pollo asado y el pavo trufado.

Entonces apareció sobre una fuente de oro un hermoso lenguado frito.

Al llegar a la espina, el noble señor, sin desconfianza, dió la vuelta al pez para comerse el otro lado.

En el mismo instante, cuatro criados se precipitaron sobre él, le maniataron y le condujeron ante el Emperador, quien ordenó que le encerrasen en el torreón, en espera de ser ejecutado.

Pero el joven, desesperado, se arrojó a los pies del Monarca y le suplicó llorando que le prendiesen en lugar de su padre.

Lo principal para el Emperador era que se ahorcase a alguien, y que fuese el padre o el hijo le tenía sin cuidado.

Por todas estas razones consintió en el cambio.

Al llegar a la cárcel el joven dió a los carceleros: —Ya sé que antes de morir tengo derecho a formular cada día una petición. Id, pues, y decid a Su Majestad que me mande en hija y un sacerdote para que nos case. Es mi primer deseo.

El Emperador, como bien puede suponerse, quedó asombrado y escandalizado ante tan descarada petición. Pero la Princesa, que era tan curiosa como bella, había visto al joven por el ojo de la cerradura y no le había encontrado nada feo; se resignó en seguida, y el Emperador, un poco por no contradecir a su hija, a quien quería casi tanto como a la difunta Perlita, y otro poco porque un Soberano no puede faltar a su palabra—por lo menos en los cuentos—, tuvo que conceder a regañadientes la mano de la Princesa al osado viajero.

El segundo día el prisionero llamó a sus carceleros y les dió:

—Id y decid al Emperador que me envíe todos sus tesoros en dinero y alhajas. Tal es mi segundo deseo.

La segunda petición no era menos descarada que la primera, y le dolió aun más al Soberano; pero esta vez también tuvo que resignarse, y al momento llegaron al torreón treinta hombres; diez iban cargados con enormes sacos llenos de monedas de oro; diez con sacos llenos de monedas de plata, y diez con sacos repletos de alhajas y de piedras preciosas de todas clases.

El condenado mandó repartir todo el dinero entre la gente del imperio; todas las piedras entre los señores de la corte, para que se hicieran alfileres de corbata, y todos los collares, sortijas y pulseras, entre las damas.

Ante tanta generosidad, todo el mundo empezó a interesarse por un joven tan amable y tan fino y a lamentar que muriese tan pronto.

¿Para qué decir las tripas que se le pusieron al Emperador al enterarse de las generosidades que hacía el prisionero a costa suya?

Aquella noche el Soberano no pudo pegar los ojos; se preguntaba con terror cuál sería el tercer deseo de un hombre tan exigente; al día siguiente se levantó muy temprano y fué en persona a visitar al reo.

—Vaya—le dió—, hazme el favor de formular de pri- sa tu petición tercera, que ya estoy deseando que te ahorquen.

—Señor—contestó el joven—. Solicito de la bondad de Vuestra Majestad que mande sacar los ojos a todos los que han visto a mi padre dar la vuelta al pez.

—El Monarca lanzó un suspiro de alivio; esta vez el deseo del joven le pareció completamente razonable y anodino. Y ordenó:

—¡Que prendan inmediatamente al mayordomo y le saquen los ojos!

—¿A mí, señor?—exclamó el mayordomo con cara de asombro—. ¡Si yo no he visto nada! Ha sido el maestre-sala.

—Bueno, pues que se apoderen del maestresala y que le saquen los ojos.

Pero el maestresala se echó a llorar y juró que el que había presenciado el crimen era el repostero; éste le cargó el mochuelo al copero, quien acusó al primer criado, y éste al segundo. Total: que nadie había visto nada.

El Emperador empezó a rascarse la calva, lo cual era en él señal de honda perplejidad.

Entonces la Princesa se adelantó; cayó a los pies de su imperial papá, y, juntando las manos, le dió:

—Padre, me dirijo a vos como a un nuevo Salomón; si nadie ha visto nada, mi suegro no es culpable y mi marido es inocente.

El Emperador frunció el entrecejo; pero todas las damas y todos los hidalgos de la Corte, que debían al joven tan lindas alhajas, empezaron a murmurar. El pueblo, que, agradecido por las fortunas repartidas, se había congregado ante el palacio y lo oía todo, empezó a murmurar también.

Entonces el Emperador sonrió y todas las bocas se abrieron.

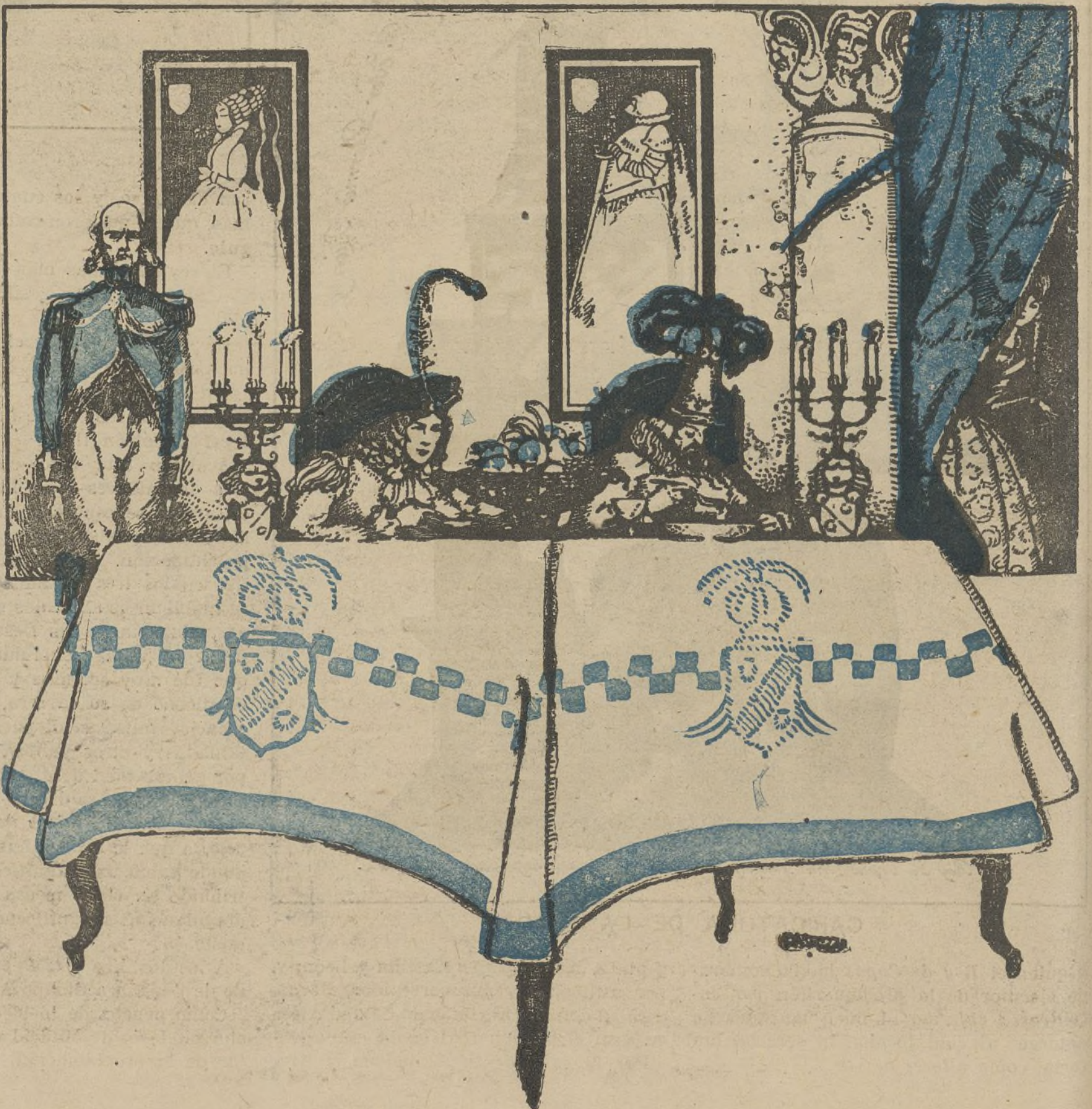
—Vaya—declaró el Monarca—, perdonaremos la vida a este tunante. Al fin y al cabo no está ahorcado; pero está casado. La sentencia es igual.

El viejo Emperador no tardó mucho en morir, y después de su muerte reinó su yerno y anuló la ley del pescado frito.

Y desde aquella época, que no recuerdo cuándo fué, en aquel imperio, cuyo nombre tampoco recuerdo, se pudo comer el pescado frito con la misma tranquilidad con que se comía en salsa o a la vinagreta.

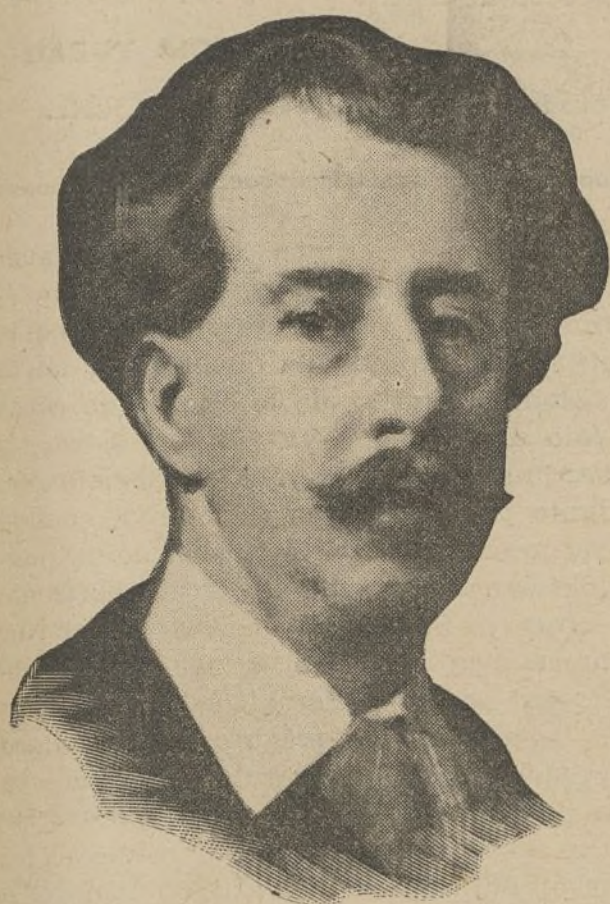
Dibujos de BARTOLOZZ

Magda DONATO



ARTE OLVIDADO FRANCISCO LAMEYER

En el libro de Ossorio y Bernard titulado *Galería Biográfica de Artistas Españoles del siglo XIX*, y en breves líneas, se da cuenta del paso por el arte y de la muerte de Francisco Lameyer



RETRATO DE LAMEYER
por D. Raimundo de Madrazo.

Berenguer. Dice la nota del volumen citado: «Lameyer y Berenguer (Don Francisco). Pintor y dibujante. Gran amigo de Alenza, cuyo estilo siguió. Numerosos dibujos suyos figuraron en el *Semanario Pintoresco*, *Siglo Pintoresco* y otros periódicos, siendo suyos también los de las *Escenas andaluzas*, de Estébanez Calderón. Murió en Madrid el 3 de junio de 1877.»

No puede ser más escueto y reducido el comentario para un artista digno por cierto de mayor atención y juicio. Y así lo afirmamos, porque, incluso al encasillarle pictóricamente y tenerle por imitador de Leonardo Alenza, se comete con ello manifiesto error, que es justicia reparar, pues la pintura y dibujo de Lameyer, de presentarse influidos por elemento extraño, no lo son ciertamente por

la inspiración del costumbrista madrileño, sino por aquella otra sabia manera de Fortuny, o por el impulso exaltado de Delacroix. Y era lógica la similitud tratándose de un artista que conservaba del pintor reusense el mismo respeto al natural observado en idénticas fuentes de inspiración, y del romántico francés su personal acometividad y brío.

Era el andaluz Lameyer hombre de carácter independiente y huraño, poco amigo de sumisión y concesiones, modalidad que se manifestaba en los menores detalles, pues al dedicar sus actividades al arte pictórico, nunca lo hizo con ánimo de lucro, ni por deseo de exhibición;



LA BARCA DE CARONTE, boceto al óleo.



RIÑA DE GITANOS, dibujo al lápiz, en negro y colores.

que antes prefería cambiar un lienzo suyo por un mueble u objeto de interés, a venderle para ser expuesto y revendido. Animo preparado siempre a percibir nuevas sensaciones, buscábalas en los viajes, que fueron constante acicate para su arte, y de sus visitas a Egipto y Palestina, a Filipinas, China y Japón, legó documentos de interés extraordinario, en los que se apreciaba una justa consideración a lo real.

Una expedición a Marruecos hizo más inquebrantable y firme su amistad con Fortuny, con el que coincidió cuando éste hizo su viaje a tierras africanas, y de aquel tiempo dejó Lameyer una serie de apuntes, estudios y cuadros, en los que la influencia del pintor catalán modificó mucho el modo de hacer del artista nacido en el Puerto de Santa Maria. Pero aun advertida esta mediatización en la obra de Lameyer, hay algo en ella, sin embargo, que la hace expresión pura de un temperamento, algo que la separa totalmente de la idea originaria, contribuyendo a esa clara definición la tendencia a conservar una estética castiza y una técnica española, razonadamente trabadas con una cultura rayana en amplia erudición.

Cultivó Lameyer diversos géneros artísticos. Con libre procedimiento trazó el cuadro de costumbres, y en este sentido dedicóse con preferencia a las escenas de la vida popular, especialmente la de los gitanos. Tales asuntos, en unión de los inspirados en motivos orientales y africanos, pede decirse que son la nota más personal del pintor. En el hecho histórico o de la mitología halló también base Lameyer para producir importantes obras, y de entre ellas, tal vez la de más relevante mérito, «La barca de Caronte». En este cuadro de vibrante y enérgica factura, que actualmente posee un coleccionista de espíritu tan enamorado de todo lo bello como lo es D. Félix Boix, quedan al descubierto sus preferencias y entusiasmos por Delacroix. La rara habilidad que para la copia poseía, hizo que los trabajos realizados en tal sentido fuesen tenidos como aciertos insuperables, hasta el punto de llegar a confundirse con los originales, por su fidelidad, las cuatro reproducciones hechas de los cuatro cuadros pequeños de Goya que se conservan en la Academia de San Fernando. D. Federico de Madrazo afirma, con referencia a la reproducción de «Las majas al balcón», que «tal ejecución tenía el valor de un original por lo admirablemente que se conservaba el espíritu y hasta la técnica del maestro aragonés».

Tuvo, no obstante, una especialidad Lameyer, en la que difícilmente le aventajó ningún profesional de su tiempo: la de dibujante ilustrador. En tal aspecto, su producción no puede ser más varia;



EL PIROPO, dibujo a lápiz negro, realzado con lápices de colores.

diversidad sostenida en gran parte por la distinta ejecución y procedimiento que Lameyer seguía en sus dibujos. De éstos los hay a lápiz negro, a pluma y a pluma con aguada de tinta china. Otros, tal vez los de su más característico modo, están preparados con lápiz negro muy duro, realizados después con aguada, lápices de colores y blancos. En los de esta última manera de hacer, inspirados en bailes, riñas, reuniones de pordioseros, juegos, músicos y vendedores, infúese un sentido caricaturesco, francamente relacionado con el libre concepto de Daumier. Pero la pureza de su sentido como dibujante, donde mayor relieve toma es en la serie de obras ilus-

tradas por él. El año de 1841, cuando apenas contaba Lameyer diez y seis años, sorprende con su precocidad en las viñetas que aparecen en el «Gran tacahío», novela que forma parte de las obras de Quevedo editadas por Castelló. En 1843 confirma la excelentísima impresión, dos años antes producida, con los trabajos realizados para «Los españoles pintados por sí mismos». Al siguiente año se da a la estampa una edición de «El lazarillo de Tormes», y entonces el grabador Castelló interpreta la ya razonada pericia del dibujante, práctica que alcanza los honores de maestría cuando en 1846 sale al público la tirada de «Rinconete y Cortadillo» y, sobre todo, cuan-

do en colaboración con «El solitario», pone a «Las escenas andaluzas» de éste su bellísimo y gráfico comentario. Después, reconocido como el más concienzudo ilustrador, trabaja en «El Semanario Pintoresco», en «El Siglo Pintoresco» y en otra serie de publicaciones en boga en su época y en las que deja clara muestra de su arte tan pleno de donosura y exquisitez.

La inquietud de su sensibilidad le hizo abordar cuantos géneros podían tener relación con la pintura; y así en 1846 demuestra su talento para el grabado, indicando en veinte ensayos que titula «Dibujos grabados al agua-fuerte» su extraordinaria facilidad para compren-

der a los maestros de tal procedimiento. Rembrandt y Adrián Van Ostade inspiran directamente esta fase del artista, tan acorde con la independencia y pujanza de Lameyer. Y queda ya con tan breve nota rendido el tributo al pintor, cuya directa raigambre no puede buscarse, en realidad, más que en el genio de Goya, entonces advertido en todos los puntos posteriores al sordo sublime de Fuentetaja, que, en oposición a la escuela de David, hicieron del sentido revolucionario del sublime aragonés su norma impercedera de arte.

C. PALENCIA TUBAU

Cuadros y dibujos de la Colección F. Boix.

COMIQUERIAS

Coloquio de los autores

HABLEMOS humorísticamente.

—Yo entiendo el humor como un odio a lo verosímil. ¿Comprende usted? A lo verosímil, pero no a la verdad. Y en el teatro todo es verosímil.

—¿Y las comedias?

—También. Comentando el difícil arte de escribir para el teatro, oficio que tanta receta y singular práctica requiere, ¿no ha oído usted la frase de que «hay que hinchar el perro?»

—Sí.

—Pues ahí está el secreto de lo verosímil, en esa manera de «hinchar el perro».

—Pero el teatro, antes que nada, ¿no ha de ser espectáculo?

—¡Justo! Espectáculo convencional, proporcionado según para qué escenario y para qué público. Un autor viene a ser un cocinero. De su paladar y fantasía dependen los guisos, esto es, las comedias.

—Aclaremos... Un autor...

—... es un cómico malogrado, a despecho de otro cómico interno que sobresale y triunfa. Teatro significa «acción», y la acción es verbo, pensamiento. Claro que la palabra *autor* es ambiciosa; pero los autores son tan ambiciosos como las palabras.

—¿Legítima ambición la suya!

—Desde luego... En sí llevan su cruz y su gloria. Cruz, calvario, porque para comunicarse con el público necesitan de los cómicos; gloria, porque a las veces, dibujando personajes se diría que les infunden vida, divina gracia, como si crearan hombres.

—Me parece cruz pesadísima y mínima gloria.

—No lo crea usted. Con el cirineo del elogio, esa cruz se hace placentera. Por eso, para los cómicos, un autor es un ser despreciable, un *rival del aplauso*.

—¿Y la gloria?

—Llega a la vuelta de los siglos. Y así a veces resulta autor genial un honrado corachuelista, un personaje andariego e indócil, un malversador de las rentas fiscales... Sorpresas.

—Deben de existir autores contemporáneos, cuyas obras se admiren y comprendan. No todo se dejará a la posteridad.

—Sí, eso es fatal. Lo dejamos *todo* no fuera por el pasado, ¿qué sería de nosotros? Ahora, que usted tiene razón... A ciertos autores se les immortaliza en vida muchas veces para que ya no escriban.

—¿Para que la gente se olvide de ellos?

—No; es que hay comedias que se admiran porque no se comprenden... El público en el teatro pretende divertirse, y esas comedias hacen pensar. Y pensar es hábito nocivo. Acontece otro primor. Hay comedias de cuyo mérito se asom-

bran hasta los autores que las compusieron.

—¡Hombre!

—Sí; hay comedias—resumen de épocas, valores perennes de humanidad—que aunque escritas por un autor, son del común de los mortales. Nace la flor del tallo; pero el tallo arraiga con la tierra y la tierra es de todos...

—¿No se sabe entonces si el autor hace las comedias o las comedias hacen al autor?

—¡Eso es!

—¡Pues es terrible! Un autor necesita...

—Necesitaria talento, cultura de hombres y de libros, buen gusto, vivir en un mundo quimérico y ser, a la vez, sutil observador, espíritu inquieto y curioso, sencillo y noble de alma; creer en el arte que redime de la pena de vivir... Pero, en realidad, para ser autor al uso no hace falta sino quererlo ser, almacenar cierta explosiva dosis de vanidad, escribir sin noción de lo que el diálogo significa y... luego inventar expedientes gratos a empresarios y a cómicos... En resumen, ser necio y vulgo, como Lope quiso decir...

—¿Y es lucrativo el oficio?

—Un buen autor debe, para mejor serlo, continuar la bella tradición de los mártires. Un autor de talento es peligroso como un quintal de melinita. Y el oficio para ellos es poco lucrativo. ¿Lucro y gloria, fama y provecho? ¡Si todo, como dicen los empresarios, fuera para el autor!

—¿Por qué se dice autor de ingenio?

—Para distinguir a los que de ingenio carecen. Estos «ingeniosos» autores escriben comedias que son jugo de palabras; complican los enredos y exageran los personajes. Comedias de laberinto que el público ríe y aplaude o silba y grita, ejercicios que convienen al hombre urbano... Algunas tertulias de café sirven de escuela para los autores de ingenio.

—... que «hacen gracia».

—Justo, para vergüenza de la gracia española y castiza.

—Entonces, en el retablo de Maese Pedro...

—Todo es hoy confusión. Lamentable, además, porque no existe Maese Pedro, aquel cuyos consejos fueron tan preciados para los autores y críticos... Pero a Maese Pedro lo expulsó un posadero de su maravilloso retablo, como a Sancho un duque de su insula, y a D. Quijote, la humanidad, del mundo...

—Vaya, que...

—¡Por algo dicen los empresarios que en el teatro no hacen falta autores! Falta comedias; pero las buenas...

—¿Sería peligroso escribirlas?

—Y el poeta que lo hiciera rivalizaría con el Autor supremo, creando, no un teatro para el mundo, sino un mundo para el teatro...

—¿A lo que puede llegar un autor!

Francisco de LLORCA

DE LA SELVA MISTERIOSA

El inca don Antonio

Un alarido de chacal cabalga, siniestro y acerado, por encima de la noche clarísima. La estrella que, hasta hace poco, se extasiaba contemplándose en el río con divina quietud, se estremece de miedo y apaga su fogaril, mientras se riza el agua serenade, como si el aliento de un gemido la hiciera temblar.

Duerme la diminuta población de Santiago de Las Montañas, avanzada del Rey hacia la Selva Amazónica. Una caricia, tibia y olorosa, viene de oriente en aquella hora estival en que las flores y las resinas aroman el aire, llevo de misterio bajo el cielo del sur. Pasa el grito temible, rauda, hasta perderse en el bramido del Pongo de Manseriche, por donde el viejo Marañón pugna y se esfuerza hasta rajar la espina poderosa del titán andino. Tiene esta noche el río, en su garganta, una ronquera apagada, como de gigante en celo; y dice su bárbara pasión entre espumarájos, inquieto y resollante como nunca.

Un hombre pequeño, de abrasada tez, con una maligna y cautelosa expresión en los ojos brillantes, avanza, silencioso, detrás de un achiotle milenario. Acabe de tender en tierra, atravesado por un venablo, a un magnífico *caracuma*; se hinca de rodillas y desgarrá con un ánsia espantable las entrañas del animal sagrado; le corren por las manos, finas y morenas, la sangre y las linfas, mientras sonríe mostrando los dientes blanquísimos. *Inérré*, el diosencillo barrigudo y socarrón, le muestra en las vísceras desparriamadas del saino el camino de la victoria, la ocasión de caer sobre el odiado *viracocha* y de arrebatarse el secreto del poder.

Hinojado aún, con las manos voluptuosamente enterradas en la herida caliente, vuelve a lanzar el alarido, que retumba otra vez, río abajo, entubado en el Pongo, hasta salir a la selva como por una cerbatana. Y allí se queda el hombrecillo, extático y silencioso, como una estatua orante..., esperando...

No es un indio errante, una de esas criaturas bobas y torpes que huyen de la arcabucería española, alocadas, por entre la maraña. No; este indio es un *inca*, aunque esté a tantas leguas de su país. Es don Antonio; conoce a nuestro señor el Virrey Príncipe de Esquilache, y no hace más que un año, el día de las Animas de 1617, besó la mano del gobernador. Le habían bautizado, ya adulto, unos hombres tiernos y humildes que le llamaron hijo y hermano. Su padre, un gigante de la Cordillera, atemorizado y dócil, había comprado para el mozo un apellido muy bonito, y se ponía nada menos que Tagle de Santillana, detrás del nombre de pila.

Peró una noche, don Antonio ensan-

grentó con un crimen la calzada mayor de Jaén de Bracamoros, y huyó. Rindiéronle el sueño y la fatiga y yació dos días en el recuesto de una quebrada. Cuando sacudió el sueño, de lo alto de un copal voló una guacamaya rutila y estrepitosa; la siguió con los ojos por el cielo adelante y la perdió en la lejanía, cuando ya no era más que la ilusión de un punto sobre la mancha verde del horizonte selvático. Se acordó de Anarita, el Noé amazónico, que tuvo un ave como aquella por heraldo de su victoria, en premio a la piedad con que acogió al *raytará* predicador, blanco y rubio, que hablaba a los pescadores como aquel Nuestro Señor Jesús, de quien tanto le contaban los jesuitas de Jaén. Y allí alabó otra vez a *Inérré*, maldiciendo a los blancos que le hacían buscar la selva como un manatí herido. Entró don Antonio hasta las tierras de los xéberos de Maynas, y a fuerza de ensalmos y brujerías, a fuerza de éxtasis procurados con raíces *ayahuasa*, llegó a convertirse en *curaca* de aquellas camadas de hombres, erráticos y tembloresos, que gemían en su desamparada existencia, amenazados por los soldados del Virrey. Les enseñó a odiar al invasor, a acecharle, a emponzoñarle las aguas; aprendieron de él el armonioso idioma incáico; mostróles su deslumbradora y bárbara teogonía; les dijo que los misioneros eran malos encantadores, que tenían un secreto poderosísimo. Y en pocos meses, los sencillos *maynas* se convirtieron en los hombres más feroces del Marañón.

Se van congregando los indios, despiertos a aquella hora, alrededor del *curaca*, manteniéndose a distancia, agazapados y feroces, mientras él, borracho de «bejuco del muerto», está inmóvil, con los ojos endrinos clavados en el cielo y las manos hundidas aún como raíces en el frío *caracuma*. Dice, balbuciéndolas, unas salmodias extrañas, hasta que, de pronto, vuelve a herir con el grito punzador el aire inquieto. Se alza, de súbito, y emprende el camino del Pongo, seguido de sus terribles *maynas*. Van trepando por la roca, en fila, como *chucas* del bosque. En lo hondo, muge el rabión, trágico y negro. Avanzan todavía cuando clarea el alba; empieza a estremecerse la fraga con el rumor de miríadas de corazones minúsculos que se despiertan. Don Antonio se detiene un instante y muestra a los guerreros, allá abajo, la «reducción» de Santiago. Nadie vela, de fijo, a aquella hora.

Vuelve a rasgar su grito la pureza del cielo, y como una manada de *parahuagos* chillones, se lanzan los indios sobre la dormida población.

Matan, queman, destruyen, con una saña desbordada y cruelísima; huyen de sus chozas, convertidas en hogueras, las asustadas criaturas; se repliega la reducida guarnición, sin armas y sin corrales; los *maynas* sacian su sed maldita de destrucción en todo cuanto hallan a su paso.

En la iglesia rústica, rueda el ara del

LECTURAS

altar; don Antonio, rápido como un cóndor, se arroja sobre el Sagrario con las manos crispadas, el semblante atrozmente espantoso. Busca, dentro del cáliz de Jesús, el brebaje mágico; el secreto de aquel poder que campa en la frente de los hombres que le hablaban del raytará de Galilea. ¡Pero el cáliz está vacío como la tumba del Señor! Don Antonio lo oprime contra su pecho, tembloroso y jadeante, buscando con ansia, tentándole con los dedos, torpes de emoción, igual que cuando escudriñaba las entrañas del saíno... Suenan en el aire el estampido de un arcabuzazo; estrecha el inca su presa con más fuerza, y se desploma, abrazado a ella, sobre la grada del altar. Un hilo de sangre negra le signa el rictus trágico de los labios...

Santiago de Las Montañas es un montón de rutilantes cenizas, cuando un puñado de xéberos, a tientas en la noche, recoge el cuerpo del curaca. Antes han tenido que cortarle los dedos, agarrotados en el cáliz. Han dejado, llenos de pavor, el vaso ensangrentado sobre una roca, negra del humo de la quema; y cuando se alejan, camino de la selva, vuelven los rostros zafinos hacia el Santo Menhir, con un temor supersticioso.

Vuelve el Pongo a susurrar, sin rugidos de pasión, su oración devota, y la estrella vuelve a mirarse en el río con divina quietud...

Víctor de LA SERNA

El ilustre Francos Rodríguez ha publicado un nuevo libro. Se titula «La mujer y la política españolas». Acaso de entre toda la compleja y dilatada labor literaria y sociológica del eminente escritor y hombre público es esta obra la más honda, la más fuerte, la más ferviente y amorosamente planeada y llevada a admirable desarrollo. Dos aspectos igualmente atractivos tiene el extenso y trascendentalísimo volumen; uno, de fiel e intensa evocación histórica de representativas figuras femeninas españolas; otro, de aportación de la cultura y de los entusiasmos del autor al palpitante y humanísimo problema de la emancipación de la mujer.

Para regalo de nuestros lectores honramos estas hojas con la reproducción (fragmentaria, porque a ello nos obligan apremios del espacio) de uno de los capítulos más bellos e interesantes de la nueva obra del ilustre escritor.

La «Editorial Cervantes» ha comenzado la publicación de las «Obras completas» del notable escritor D. B. Morales San Martín, con un voluminoso tomo que contiene la novela «El ocaso del hombre».

De Bogotá nos llega un interesante volumen en que el culto publicista Fernan-

do de la Vega ha reunido, bajo el sencillo título de «Algo de crítica», muy atinados y bien escritos juicios sobre diversas figuras preeminentes de la vida artística de España y América.

El brillante escritor Ernesto López-Parra ha reunido en un libro, bella y lujosamente editado, con el título de «Poesmas del bien y del mal», los más lozanos y pomposos frutos de su fecunda y juvenil inspiración.

En estos versos de López-Parra, admirables muestras de un numen muy delicado y muy original, se nos revela un alto espíritu agitado por todas las inquietudes de su tiempo y oreado por los vientos de la poesía moderna.

El notable escritor Ceferino R. Avecilla acaba de publicar, con el título de *Mademoiselle Gris*, una novela muy bien escrita, en la cual se estudia con verdadera emoción un interesantísimo carácter de mujer.

Avecilla conseguirá, sin duda, un nuevo éxito con su reciente y encantadora obra.

D. J. Gil Montero ha publicado en un breve volumen, elegantemente editado, un boceto de novela titulada «Vadoalegre».

El último número de la revista mensual «Cosmópolis», que dirige Gómez Carrillo, es verdaderamente interesante. Entre muchos notabilísimos trabajos de plumas españolas, hispanoamericanas y francesas, publica un importante ensayo sobre «La autobiografía de Emerson» y varias traducciones bellísimas de versos de Verlaine.

Por iniciativa y a costa de la Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya, han comenzado a publicarse, con un volumen en que se recopilan las «Poesías», las obras del que fué notable publicista bilbaíno D. Francisco de Iturrigarria y Laucirica.

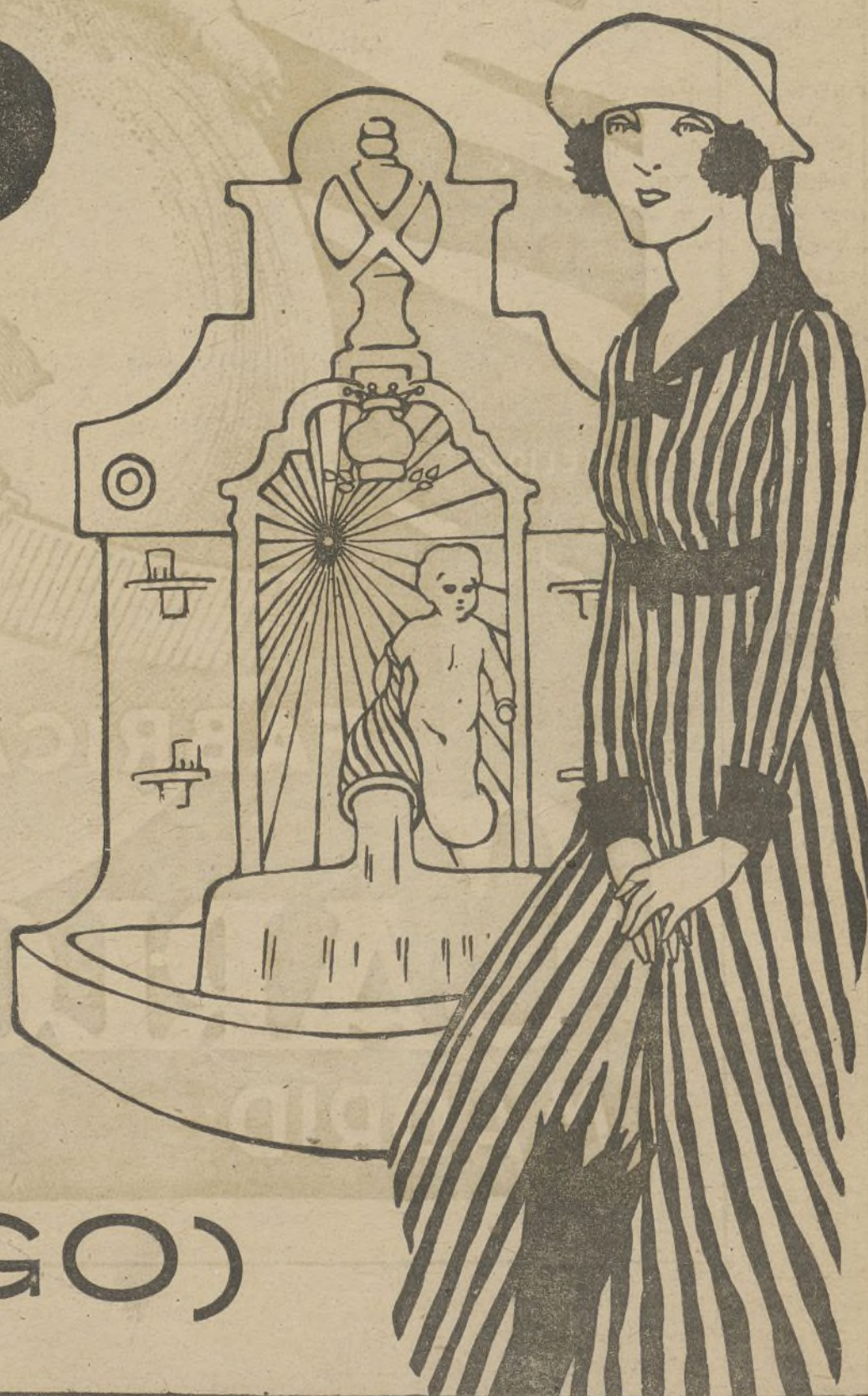


AGUAS DEL INICIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

Bóveda (LUGO)





HELIOS

FABRICA DE RELOGES

CARLOS COPPEL

MADRID · FUENCARRAL, N.º 27

The illustration depicts a muscular, shirtless man standing atop a large, detailed pocket watch. He holds a smaller, round pocket watch high in his right hand. The large watch has a rectangular face with Arabic numerals and a leather strap. The background consists of stylized, dark, wavy lines. The entire advertisement is framed by a decorative border with a repeating zigzag pattern and diamond-shaped corner ornaments.